

## EL DÚO DINÁMICO.

Parece ser que el hombre sólo llegó a serlo después de muchos, muchísimos años y según iba progresando en esa larga, larguísima etapa de su evolución ha ido recibiendo de los antropólogos diversos nombres. Se le calificó de *homo habilis* cuando aprendió a fabricar utensilios que le hacían más fácil y cómoda la vida. Recibió el nombre de *homo erectus* cuando de cuatro patas pasó a caminar con sólo dos pies. Y alcanzó la cima de sus aspiraciones cuando fue capaz de pensar y razonar. Por eso entonces se le definió, y se le sigue conociendo, como *homo sapiens*.

Si cogen en sus manos la Biblia y buscan el libro del Éxodo, en su capítulo 32 y en el versículo 6 podrán leer: “*Se sentaron a comer y se levantaron a bailar*”. Estaban de fiesta y ésta era su forma de celebrarla. Siendo la Biblia libro antiquísimo, y recogiendo en él tradiciones aún mucho más antiguas, bien podemos deducir que los deseos de celebrar fiesta y las ansias de disfrutar de diversión son tan antiguas como el mismo hombre. Hasta Dios se tomó un día de descanso después de crear el mundo. Esta ancestral afición del hombre a comer y a bailar, a satisfacer su cuerpo y su espíritu, a la alegría y al juego, podría ser la razón por la que los antropólogos llegasen a considerar que ha llegado el momento oportuno de dar un paso más y al que hasta ahora conocíamos como *homo sapiens* pase a ser definido como *homo ludens* (hombre amante del juego y la diversión). La Historia avalaría su decisión: Hace 2.800 años los griegos ya celebraban sus Juegos Olímpicos, que duraban cinco días y que eran acompañados de grandes fiestas y banquetes. Más cerca de nosotros, allá por los años 450 a. de C., la sociedad romana se divertía con multitud de juegos (algunos de los cuales todavía perduran entre nosotros: dados, tabas, cara o cruz...) y al final de su Imperio se dice que el pueblo romano, acostumbrado a la molición y despreocupado de cualquier otro asunto, aun importante, sólo pedía a los Emperadores que le dieran *panem et circenses* (pan y juegos). Parece ser que su afición por los juegos

había llegado a superar incluso a la que hoy existe entre nosotros por el fútbol.

Espero que todo lo dicho sirva sólo de prólogo a lo que resta por decir y que no tiene más finalidad que la de revivir otra página de la historia de nuestro pueblo y la de rendir un homenaje a dos de nuestros antiguos vecinos, merecedores de nuestro recuerdo y, sin embargo, injustamente olvidados: me refiero a Agustín de Migualer y a Rafael de Cancér.

En un pueblo en el que al arte no era la principal preocupación de sus habitantes, dado que existían otras necesidades mucho más urgentes y perentorias, estas dos personas constituían la excepción en ese ambiente general. Agustín era un verdadero artista con el violín y no expreso toda la verdad si digo que lo tocaba porque, en realidad, más acertado sería decir que lo acariciaba, logrando arrancar de sus cuerdas dulces melodías que alegraban a los vecinos del pueblo que acertaban a pasar por la calle, cerca de su casa, cuando él estaba perfeccionando su maestría y disfrutando de su afición. Pero previamente tuvo que estudiar solfeo y revestirse de, al menos, una cierta cultura musical antes de que el violín llegara a sus manos. Y éstas eran tareas costosas y nada fáciles para un hombre de un estrato social más bien bajo y que vivía en un ambiente poco dado a las sutilezas del arte. Aunque es cierto que de todos ellos la música y la poesía han sido los que más arraigados han estado en la vida del pueblo llano. Todo ser humano siente necesidad de expresar sus sentimientos y los medios más al alcance que hemos tenido han sido el canto (música) y la palabra (poesía).

Aunque desconozco la verdadera razón de la afición de Don Agustín por la música, me inclino a pensar que tal vez lo fuera el hecho de que le faltaba una pierna y esa circunstancia pudo obligarle a tener que buscarse otro modo de vida distinto del que hubiese tenido en caso de no padecer esa minusvalía, que le incapacitaba para las tareas agrícolas a las que estaban dedicados todos los vecinos del pueblo. También desconozco la causa que motivó su minusvalía, aunque pienso que tal vez la guerra española no estuviera muy lejos de ser la razón causante de la misma. Como se ve, son muchas las cosas que me gustaría saber y poder decir

acerca de este para mí entrañable personaje, razón por la que invito a quienes sepan todo lo que yo ignoro nos hagan partícipes de su saber para honra de quienes nos precedieron y satisfacción de los vecinos del pueblo y de quienes todavía nos sentimos como tales, aunque vivamos lejos de él.

El otro personaje era conocido como Rafael de Cancér. Lo recuerdo perfectamente en lo que a su físico se refiere e incluso a su carácter. Hasta recuerdo el día que fue bautizado su nieto, tal vez porque su esposa (se llamaba Josefa?) nos obsequió a los monaguillos con un gran chocolate del que dimos buena cuenta en la cocina de la casa. Siento que la suerte no acompañara a esa buena familia. Rafael, por su parte, era un hombre tranquilo, reposado, lento en su andar y en su hablar y que, con mucha cachaza, se movía entre sus obligaciones de agricultor y su afición a la música. Tocaba la guitarra, cosa nada extraña pues los entresijos de ese instrumento musical eran conocidos por más vecinos del pueblo ya que a ello les obligaba su utilización en las frecuentes rondas nocturnas que llevaban a cabo los mozos para solaz y alegría de los vecinos, y sobre todo de las mozas, a las que ellos, sirviéndose de la noche, aprovechaban la ocasión para, con mayor libertad, cantarles sus requiebros y contarles sus amores. ¡Dichosos tiempos aquéllos!

Pero el verdadero maestro de la guitarra era Don Rafael y por eso a él se recurría y acompañado de Don Agustín se constituían en el Dúo dinámico de la época que se encargaba de animar las tardes de fiesta dando la posibilidad a la juventud del pueblo de organizar una sesión de baile, que por cierto se celebraba en el patio de la casa del mismo Don Rafael. En aquellos ya lejanos tiempos el baile era la única diversión a la que tenían acceso los jóvenes, con el permiso o la vista gorda del Párroco, y por ello cualquier fiesta o acontecimiento era motivo suficiente para que acudieran a Don Agustín y a Don Rafael a fin de que animaran la sesión de baile que habían preparado. Desde que se apagó la voz un viejo gramófono que existía en el pueblo, de la presencia de ambos músicos, Agustín y Rafael, dependía que hubiera o no fiesta. Por eso los jóvenes les agradecían siempre su constante disponibilidad y les gratificaban generosamente por su buen hacer.

El baile no era sólo motivo de fiesta y diversión para la gente joven. También las personas mayores participaban o uniéndose a los jóvenes en su ir y venir o dedicándose al simple comentario de lo que veían, alabando la buena pareja que hacían José y Lola, lo bien que bailaban Francisco y Pilar o, acaso, metiéndose en berenjenales más profundos y profetizando futuros matrimonios. Los niños no podíamos faltar porque nada odia más el niño que la rutina y aprovechábamos la fiesta para hacer carreras entre las parejas, con gran disgusto de éstas y con algún cachete que se perdía.

Ayúdate a ti mismo y no esperes a que sean los demás los que te ayuden. Éste parece que fue el lema de las gentes de aquellas generaciones y porque pensaron que ni siquiera las fiestas y la alegría les podían venir de afuera se ocuparon ellos mismos en *fabricarlas*. Don Agustín y Don Rafael a ello contribuyeron con su saber y con su espíritu de servicio. Para ellos este sencillo recuerdo que sólo pretende ser un homenaje que tienen bien merecido.

Entonces los pueblos, no sólo Laperdiguera sino también todos los demás de su entorno, debido a que las circunstancias les obligaron a hacerlo, se habían convertido en entes casi autónomos pues era muy pobre el cordón umbilical que les unía al resto de la sociedad, y cada vecino se sentía autosuficiente y capaz de subsistir por sí mismo. De hecho en el pequeño tráfico mercantil que existía en el pueblo tenía más valor lo que se vendía que lo que se compraba. Precisamente por eso lograron sobrevivir.

Pero todo ello no justifica en absoluto que se pueda pensar que nuestro pueblo y sus habitantes formaran parte de la que se ha venido en llamar la *España profunda* porque es verdad que eran pocos los vecinos, cierto que fue escasa la cultura que lograron adquirir y, sin duda, dura la vida que se vieron obligados a llevar pero ni desde su torre se lanzó nunca una cabra, ni por sus calles corrieron toros embolados, ni hubo muertes violentas, ni existió superstición ni anduvo suelto el fanatismo entre sus vecinos. En los velatorios lo único que se hacía era rezar el rosario y sólo tengo un vago recuerdo de las visitas de una gitana que sí se ofrecía a echar la buena ventura a quien estuviera dispuesto a pagarle por su

trabajo. Pero la vida que sí se vieron obligados a llevar nuestros inmediatos antepasados nada tiene que ver con todo esto.

\*\*\*\*\*